FÉLIX BASANTA

FLORES TEMPRANAS

(POESÍAS)

ZARAGOZA
TIP. DE EMILIO CASAÑAL, COSO, 100
—
1905

R. 23.382

Félix Basanta

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

NT: 216.634

CB: 124519

FLORES TEMPRANAS

(POESÍAS)

ZARAGOZA
TIPOGRAFÍA DE EMILIO CASAÑAL, COSO, 100

1905

Esta obra es propiedad
del autor.

A la Excma. Señora Doña María del Carmen Aragón Azlor é Idiáquez, Condesa de Guaqui y de Luna y Duquesa de Villahermosa.

D. Emilio Ollivet

A la Excma. Señora Doña María del Carmen Aragón Azlor é Idiáquez, Condesa de Guaqui y de Luna y Duquesa de Villahermosa.

Bajo la protección de un noble espíritu, abierto francamente á la generosidad, puso Cervantes su obra imperecedera del *Quijote*, libro que acaso habría zozobrado en las procelosidades de la envidia ó de la impotencia, si la mano del conde de Lemos no le hubiera tendido un cable con que el manco inmortal, asido fuertemente, pudo ganar las serenas playas de la gloria.

Un poeta rudo y áspero, como las serranías de esta brava tierra aragonesa, os ofrece, señora, el presente libro, en cuyas páginas encontraréis flores silvestres como las que perfuman la nevada corona del Moncayo.

La lira que á vuestros pies rinde el poeta, no suena con acordes de melíflua cadencia, de ritmo silencioso y plácido como los murmullos de las fuentes en que Marcial apagaba su sed por los cotos escarpados de Bílbilis, por las amenas frondosidades de la vega del Jalón..... no son así los cantos de esta lira, templada al diapasón de la vida moderna, con sus conquistas científicas, con sus anhelos regeneradores, con ese hirviente deseo de fecundidad progresiva, símbolo del trabajo y del amor á nuestra eterna madre, á la Naturaleza, pujante y creadora, en perpetua combustión de ideas, en dulce connubio con la intensa realidad de lo creado.

Y vos, señora, que en la fundación y en el progreso

de estos reinos teneis tan buena parte, sentiréis quizá las vibraciones de la musa aragonesa que aletea en torno vuestro, mariposeando allí, donde puede libar la miel dulcísima de vuestras mercedes.

En vuestros escudos señoriales campean simbolizadas las virtudes de la hidalguía y la nobleza.

Aun no han transcurrido algunos meses desde que el centenario de las letras patrias fué por vos enaltecido con desprendimientos dignos de la realeza que ostentan los anales de vuestros antepasados.

Aragón os debe el impulso de su literatura y de su arte, que pueden pasear con arrogancia la mirada por encima de otras regiones que gozaron hasta hoy el afortunado privilegio de la fama, muchas veces efímera, muchas veces pomposa como las burbujas en que se refleja el iris de los cielos.

El desmedrado autor de este libro oyó contar cuando era niño, excelentísima señora, un cuento que ajusta á la presente dedicatoria.

Un inventor americano pretendía obtener cierta gloriosa conquista científica, para cuyo éxito debía ascender por un mástil hasta tocar la meta. Y tras el inventor subían sus compatriotas empujándole, prestándole apoyo, animando su espíritu, si acaso hubiera sobrevenido el abatimiento.

En Francia otro inventor trepaba también por la cucaña, con ánimo de subir, subir hasta el extremo y alcanzar con la mano el sugestivo banderín de la gloria. Sus paisanos le alentaban, le animaban con aplausos, con demostraciones de entusiasmo, con anhelos generosos de victoria, ya que, menos solícitos que los americanos, no arrimaban sus hombros para soportar el esfuerzo del vencedor.

Y tocó á España el turno de los inventores.

Y es muy curioso, señora, lo que ocurrió en España.

Cuando el inventor hubo logrado sobreponerse á los espectadores, se encaramaron éstos por la cucaña arriba tras el certador, no para prestarle ayuda auxiliadora, para echarle abajo, tirándole como facinerosos, de la levita que flotaba ondeada por el viento de la envidia. El pobre hombre cayó peor parado que nuestro aventurero hidalgo después de la amarga fechoría que le jugaran los yangüeses.

Así somos, señora, en este país donde las artes y las ciencias lloran su cautiverio arrinconadas en la celda del olvido.

Por eso, cuando una dama ilustre por su prosapia, altruista y devota, expansiva á los impulsos de la fe y de la esperanza, surge como peregrina visión en las almenas de este castillo derrotado, la rinden pleitesía y homenaje los hombres de buena voluntad; porque allí ven irradiaciones de luz esplendorosa, no para que se quiebren las alas espíritus alucinados, sino para que el foco alumbre con sus fulgores el piélago combatido por las olas encrespadas, revoltosas, tumultuarias, entre cuyas espumas va y viene la barquilla débil, expuesta á deshacerse contra las rocas de su mala ventura.

Ya veis, pues, por qué razón os dedica este libro un poeta que ha templado su acero en las aguas del Jalón y en las corrientes murmuradoras del Ebro, espejo en que se miran las cúpulas gallardas del Pilar.....

El homenaje es pobre, comparado con vuestra grandeza; pero algunas veces suelen brotar los lirios cobijados á la sombra de la espesura gigantesca por entre cuyas folias se cierne la luz en las siestas de estío.

Señora, os besa los pies,

El Autor.

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

CANCIÓN

Para mi prometida.

CANCIÓN

Para mi prometida

I

Contémplote, mi bella, embelesado,
y digo de placer emocionándome:
—A la Virgen santísima
pedíle una mujer que me adoráse;
y la Madre de Dios ¡bendita sea!
desde los cielos envióme un ángel.—
Antes de conocerte
te amaba con delirio incomparable,
¡eres tú mi soñada
y presentida amante!
Eres, amada mía,
venero de bondades,
pura como las nieves de los montes,
bella como las flores de los valles.
En tu divino cuerpo
puso Dios al crearte,

las excelsas virtudes de las santas
y todas las bellezas de los ángeles.
Ven conmigo al altar, amada mía,
luciendo rico, soberano traje,
ostentando en tu frente inmaculada
corona de nevados azahares,
galana como rosa
que apenas se entreabre,
como la aurora, alegre,
y como el Sol, radiante.
Pensando en la ventura halagadora
de nuestro ansiado enlace,
mi corazón palpita
de gozo rebosante.
Los dos con ansia inmensa
esperamos el día memorable
de unirnos para siempre.....
¡es, bendita, casarse,
el ideal supremo de las almas
que viven, cual las nuestras, adorándose!
Nos brinda el matrimonio
ternuras inefables,
los del hogar incomparables bienes,
las del vivir fecundas ansiedades,
los del amor idolatrados frutos.
¡Qué dichoso, bendita, soy amándote!.....
¡Y cómo saboreo
el placer de vivir embriagándome
en los abismos de tus grandes ojos
y en los encantos de tu rostro de ángel!
Yo paso horas felices
en tus gracias divinas extasiándome,
¡eres tú la perfecta, la soñada
mujer de mis amores delirantes!
Suspirando, mi bella, tiernamente

y gozosa mirándome,
con palabras más dulces que los besos
me expresas tus quereres envidiables.
Celébrese, bendita,
nuestro sagrado enlace,
¡la vida del hogar es una senda
de flores perfumadas y fragantes!
Y mirando tus ojos soñadores
permíteme que cante:
—A la Virgen santísima
pedíle una mujer que me adoráse,
y la Madre de Dios ¡bendita sea!
desde los cielos envióme un ángel.

EN EL CAMPO

EN EL CAMPO

II

Cuando la blanca aurora
descorriendo los albos cortinajes
de brumas y celajes
con placidez colora
las masías, los montes, los paisajes.....
y el Sol sobre la tierra,
sobre las verdes mieses y la grama,
sobre el bravío bosque y la alta sierra
en torrentes de vida se derrama;
cuando en la selva umbría,
que ostenta sus magníficos verdores,
con cánticos de amor al nuevo día
saludan los canoros ruiseñores;
cuando las gayas flores
esparcen sus aromas
y sus pétalos abren los capullos;
cuando desde los pinos las palomas
lanzan sus melancólicos arrullos;
cuando dejan los míseros pastores
las rústicas cabañas

y turban la quietud de las montañas
las hachas de forzudos leñadores;
cuando caminan las zagalas juntas
por el angosto atajo
y van sobre las yuntas
los hijos del trabajo;
cuando la tierra exhala extremecida
efluvios de salud, y el aura pura
aroman los floridos tomillares
y los montes y sierras son altares
do entona un himno á Dios la gran Natura;
yo, con el alma henchida
de amor y de dulzura,
aspirando el oxígeno, que es vida,
atravieso del bosque la espesura
y piso hasta la tierra más ignota
por senderos, veredas y caminos,
¡tan solo por oir la brava jota
cantada por los rudos campesinos
y contemplar la vega
que el Ebro amante y orgulloso riega!

En primavera, al despuntar del día,
sentado estuve en la mullida grama
contemplando el hermoso panorama
que Natura á la vista me ofrecía.

Era un ambiente de salud y amores,
los pájaros cantores
los sotillos llenaban de armonía,
la brisa placentera susurraba,
la aurora enamorada sonreía,
la tierra de su sueño despertaba
y presintiendo el Sol, se extremecía.

En el bravo repliegue de unas lomas
que se extienden al pie de una montaña,
oculta como un nido de palomas,

entre almendros está tosca cabaña
de mísero pastor. Y junto á ella
una zagala había
tan blanquísima y bella
que angelillo de nieve parecía.

Un regato que el monte fecundiza,
entre lirios, rezando, se desliza
y unos niños robustos,
por los rayos del Sol ennegrecidos,
corrían entre arbustos
cogiendo flores y buscando nidos.

Por tortuosos senderos
que atraviesan mejanas y colinas
cubiertas de romeros,
aliagas y sabinas,
iban las campesinas
á lavar en arroyo cristalino
la blanca ropa de preciado lino.

Lavaban afanosas
coronadas de lirios y de rosas
y aspirando de amor dulces efluvios
y dos núbiles niñas muy hermosas
de ojos azules y cabellos rubios
cantaban amorosas.

Y una madre de pena suspirando
extendía la ropa en los carrizos,
¡pensaba que en su hogar dejó llorando
el ángel blondo de abundantes rizos!

En un viñedo hermoso
de fértil hondonada
un hombre vigoroso
formaba pollos con luciente azada,
y en lo más escondido de la vega,
en donde el Sol á penetrar no llega
y en los bosques de encinas seculares

escuchaba tiernísimos cantares
que amorosa cantaba una labriega.
En un herboso prado
de florecillas lleno,
mientras pacía el balador ganado,
bellas pastoras de abundoso seno,
esbeltas y arrogantes,
ponían en sus faldas
las flores más fragantes
para tejer guirnaldas
y en alfombra de blancas margaritas
los pastores contábanse sus cuitas.
Cantaban los pequeños pajarillos
tejiendo nidos en tupidas ramas;
retozaban los blancos corderillos
entre juncias, zarzales y retamas,
posábanse las niveas mariposas
de rosales en débiles arquillos
y en los montes cubiertos de tomillos
libaban las abejas industriosas
el néctar de las flores olorosas.

. . . . . .

. . . . . .

Ah, qué grato es vivir en un ambiente
de trabajo, de amor, de poesía.....
¡allí cuan dulcemente
el tiempo transcurría!
Allí la brava jota
como un suspiro de los labios brota,
allí aprendí el camino
para alcanzar la gloria apetecida,
pues me dijo el honrado campesino
que el trabajo es la fuente de la vida;
allí se goza en venturosa calma
el casto amor que fortalece el alma

y allí sobre las sábanas de flores
al ver ebrios de amor á los pastores
y admirando Natura prodigiosa,
concebí que del hombre es el destino
amar la vida hermosa
y sintiendo en el alma amor divino,
dije: ¡Bendito sea
el Dios excelso que la vida crea!

ESPERANZA

ESPERANZA

ESPERANZA

III

Ven, hermosa, de la mano
conmigo al templo cristiano;
vamos de prisa, mi amante,
que ansío férvido orar
en la catedral gigante
de la Virgen del Pilar.

—

Verás la iglesia santuosa,
colosal, majestuosa,
de columnas seculares;
su esplendor ciega, deslumbra,
son hermosos los altares
y es sublime la penumbra.

—

Vamos, ángel mío, al templo
de obras gigantes ejemplo;
allí postrados, los dos
rezaremos el rosario
ante la Madre del Dios
que sucumbió en el Calvario.

—

Vístete pronto, mi hermosa,
con la ropa más lujosa.
Vamos á ver á María,
¡la que afligida lloraba
cuando al Redentor veía
que en la cruz agonizaba!

—

¡Cuántas veces, cuántas veces
apurando hasta las heces
el cáliz de los dolores,
afligido fuí á llorar
mis malogrados amores
ante el ara de su altar!

—

¡Cuántas veces, prometida,
de negro te ví vestida
ante la Virgen de hinojos,
rezando ferviente, loca.....
con amores en los ojos
y con besos en la boca!

—

Y mientras yo, amada mía,
á la Virgen le decía:
—¡Héla ahí, Madre amorosa,
la bella mujer que adoro,
la de mejillas de rosa,
la de los rizos de oro!

—

Y la Virgen del Pilar
viéndome por tí rezar
desolado y suplicante,
me dijo con dulce amor:
¡No desesperes, oh amante,
que no es eterno el dolor!

LA FLOR DE LA SERRANÍA

LA FLOR DE LA SERRANÍA

IV

Antaño, Julieta, roja,
fresca, alegre..... parecía
una rosa colorada
entre claveles nacida,
le llamaban los zagales
la flor de la serranía.

No hay bajo el hermoso cielo
de la montaña bendita,
mujer más trabajadora
ni mujer más campesina.

Era una moza robusta,
una belleza bravía;
noble, como la paloma;
como la gacela, arisca;
cantadora cual jilguero,
previsora cual hormiga
y como mujer de sierra,
casta, casera y sencilla.

Un mozo la idolatraba
y ella le correspondía,

eran dos almas felices
por inmenso amor unidas.

—

Hogaño, Julieta, pálida,
ojerosa, pensativa,
¡parece un hermoso lirio
que entre abrojos se marchita!
¡flor débil que se deshoja
á los besos de la brisa!
Antes de amor suspiraba
y ahora de dolor suspira.
¿Por qué suspirando llora
la flor de la serranía?

—

De la sierra los labriegos
desesperados emigran,
¡no han granado los trigales
á causa de la sequía!
Hace demasiados años
que no se coge una espiga
y no hay pan para los pobres,
ni paz en las alquerías.
Los montaraces más ricos
tanto han dado que se arruinan
y lloran porque no pueden
remediar á las familias
que abandonan los hogares,
que el hambre las atosiga.
El mocico de Julieta
¡también huyó! No podía
seguir soportando el rudo
cerco del hambre maldita.
Por eso, Julieta, hogaño,
ojerosa, pensativa,
¡parece un hermoso lirio

que entre abrojos se marchita!
¡flor débil que se deshoja
á los besos de la brisa!

—

En las noches invernales,
cuando el viento airado silba
y las montañas ingentes
están de blanco vestidas,
en la casa de Julieta
se reune la familia
para rezar el rosario.....

. . . . . .

¡Capa de nieve blanquísima
cubre la fosa en do duerme
la flor de la serranía!

TÚ Y YO

TÚ Y YO

V

Yo he visto nacer la aurora
radiante de bella luz
y me he fijado, alma mía,
que sonríe como tú.

—

Y he visto el ave cantando,
entre las frondas, de amor
y me he fijado que canta,
temblorosa, como yo.

El Cristo de la Oración

EL CRISTO DE LA ORACIÓN

VI

En el Templo del Pilar
está sobre humilde altar
el «Cristo de la Oración»,
el Dios que al agonizar
dijo á su padre: «¡Perdón

—

Para el pueblo que bramando
está en mi dolor gozando
y morir me hace en la cruz,
pues yo los ojos cerrando
lleno la Tierra de luz!»

—

El Dios que al género humano
con su sangre redimía;
el que no temió al tirano
y vió que el mundo pagano
al pie de su cruz se hundía.

—

El Dios que al monte iba á orar;
el que vino á derrumbar
la vileza entronizada;

Rey sin corona ni hogar,
sin manto, cetro ni espada.

—

El Jesús profetizado,
el que al nacer, adorado
fué por míseros pastores;
¡el eterno enamorado
de los niños y las flores!

—

¡Ved á Dios! El Dios aquel
que con vinagre y con hiel
quiso su sed apagar.
¡Pueblo amado, ante su altar
lloremos todos por Él.

—

Corred, vírgenes hermosas,
volad, palomas queridas,
á las praderas frondosas
y coger lirios y rosas
para cubrir sus heridas.

—

Ante su altar venerado
id á poneros de hinojos,
yo por mi ángel adorado
¡cuántas veces le he rezado
con lágrimas en los ojos!

—

Le dije un día afligido:
—Por lo mucho que he sufrido,
si viene mi niña bella,
¡dile que nunca la olvido,
que á tí te rezo por ella!

—

Suspiros del alma mía
yo le enviaba al Señor

y fué mi pena mayor
al ver que á mi lado había
otros hijos del dolor.

—

Al pie de la cruz veía
una niña que decía:
«Ay, tengo hambre y mucho frío,
¿me darás pan, Jesús mío?
¡no he comido en todo el día!»

—

Y una mujer entre tanto
derramaba amargo llanto
y oí que apenada dijo:
«¡Tengo fiebre, mi Dios santo,
se está muriendo mi hijo!»

—

El templo creí se hundía
y mientras yo en mi amargura
gotas de sangre vertía,
reinaba en la nave fría
silencio de sepultura.

—

Sentí el corazón deshecho
y un volcán de dolor hecho
perdí el sosiego y la calma;
tenía fiebre en el alma
y acerba angustia en el pecho.

—

Con los ojos inflamados,
de tanto llorar cansados,
exclamé en mi desvarío:
«En este mundo, Dios mío,
hay muchos sacrificados.»

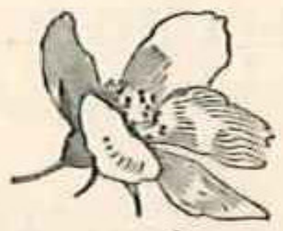
—

Y en la fiebre creí yo
que á Aquel que en la cruz murió
mirarme atento lo ví
y la cabeza inclinó
como diciendo: ¡Sí, Sí!

. . . . . .

. . . . . .

¡Miradlo! Está en el Pilar
el que con amarga hiel
quiso su sed apagar.
¡Pueblo amado, ante su altar
lloremos todos por Él!



MADRIGAL

MADRIDAL

MADRIGAL

VII

Cuando vayas, amada,
de paseo por prados y florestas,
por los umbrosos bosques perfumados
ó por los tomillares de la sierra,
tápate bien los labios,
tápatelos, mi bella,
que como son de rosa, será fácil
que te piquen en ellos las abejas.

ROSARIO

ROSARIO

VIII

—Tras la tormenta horrorosa
surge la bonanza amante,
pero al que lo mata un rayo
¡qué poco puede importarle!
Así cantaba un baturro
con amor bravo y salvaje
junto á una casa de campo
que se levanta flamante,
perfumada por tomillos
y escondida entre frutales.
Llora de amor unas veces
y otras ruje de coraje,
porque con el cantarico
su baturrica no sale.
¡Se ha enojado porque el mozo
quiso la boca besarle!
Rosario es la campesina
más linda de todo el valle;
tiene cabellera de ébano,
rostro de nieve, ojos de ángel,

pechos de diosa, caderas
redondas y exuberantes
y la palmera envidiara
su hermoso y esbelto talle.

Cantando, tan dulce acento
pone siempre en sus cantares
que parece que su estilo
le han enseñado las aves
cuando enamoradas tejen
sus nidos en los ramajes.

Y es la hermosa campesina
de trato muy agradable;
con todos es recatada,
cariñosa con sus padres,
con los ancianos humilde
y con los mozos afable.

Su novio es un campesino
de simpático carácter;
franco como aragonés
y como aragonés, sociable;
respetuoso con todos,
con quien le ofende, arrogante,
con los amigos espléndido,
servicial con sus gañanes;
un obrero es en la hacienda
y un señorito en la calle.

Adora á su baturrica
con un amor entrañable,
y en vano, en vano la espera
y se oculta entre los árboles;
silba á veces, y es inútil
que con silbidos la llame,
porque ni aún á la ventana
Rosario quiere asomarse.

—

Entre una nube de oro
comienza el sol á ocultarse
y los pájaros se esconden
en los frondosos pinares;
los míseros pastorcillos
y los sencillos gañanes
ya han dejado las labores
y tornan á los hogares.
Pasan las horas... El mozo
siente augustia inacabable
al ver que la noche avanza
y su Rosario no sale.
Duerme la tierra... El profundo
grato silencio reinante
turban tan solo los besos
de las hojas de los árboles.
Pasó la noche... Riendo
la nueva aurora ya nace,
derrama lluvia de perlas
sobre los rubios trigales
y en las copas de los pinos
cantan amores las aves.
La gran Natura sonríe
con un amor inefable.....
Sobre la frondosa yerba
de un delicioso paisaje,
junto á la casa de campo
que se levanta flamante,
perfumada por tomillos
y escondida entre frutales,
Rosario, la campesina
más linda de todo el valle,
la que idolatran los mozos
de los cercanos lugares,
exasperada, llorando,

besa un pálido cadáver
y un eco grita iracundo
en las montañas gigantes:
—Tras la horrorosa tormenta
surge la bonanza amante;
pero al que lo mata un rayo
¡qué poco puede importarle!

EN UN ABANICO

EN UN ABANICO

IX

Tus ojos abrasadores
cuando miran enamoran,
muchos amantes te adoran
y mueren por tí de amores

—

Y yo, hermosa, te suplico,
adorándote de hinojos,
que tus celestiales ojos
veles con el abanico.

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

EL ANGEL DE ALAS NEGRAS

EL ANGEL DE ALAS NEGRAS

X

Bajo el palio de la adelfa que florece en la espesura
de los bosques infinitos del Dolor y del Misterio
melancólica una virgen con las manos enlazadas
solitaria reza y llora, reza y llora y mira el Cielo
y sus pálidas mejillas
surcan lágrimas de fuego;
su vestido envuelve un manto
todo negro,
aun más negro que las noches sin estrellas
de mis locos pensamientos,
aun más negro que las horas enlazadas é infinitas
que eternizan los dolores que anidaron en mi pecho.

—

De sus labios las sangrientas amapolas se marchitan
y las rosas de su seno
palidecen;
destrenzados sus negrísimos cabellos
impasibles juguetean en sus hombros,
en sus hombros impasibles juguetean con el viento.

—

Reza y llora bajo el palio de la adelfa ensangrentada,
y sus lloros y sus rezos
no mitigan ni un instante los pesares de su alma dolorida
no se aplacan ni un instante sus mortales sufrimientos.

—

Y ya el ángel de alas negras se presenta ante sus ojos,
y con tétrico semblante
y mirada melancólica, insensible, con el dedo
le señala
el sendero
de la angustia y del martirio,
y en las secas amapolas de sus labios pone luego
el infausto y triste cáliz que Amargura
ha formado con un lirio de tamaño gigantesco.

. . . . . .

. . . . . .

Y la virgen murmurando una plegaria
silenciosa vá pisando los abrojos del sendero
del Martirio, de la Angustia y de Amargura,
y camina sin pararse al concurrido, infausto Templo
donde á Muerte en sus altares
un sinnúmero de víctimas le tributa Sufrimiento.

—

¡Oh, mi hermosa virgen mística!
¡Pobre niña desolada! Yo contemplo
tu semblante triste y pálido, y revela
que en tu espíritu batallan los dolores más acerbos,
y revela la honda angustia que te aflije y te devora,
el tormento,
que implacable se ha cebado
en las regias hermosuras de tu cuerpo;
de tu cuerpo más hermoso,
más gallardo y más esbelto,
que las blancas y marmoreas esculturas
que embellecen los jardines, los palacios y los templos

. . . . . .

. . . . . .

En la noche interminable de mi amarga desventura
yo te he visto, pobre virgen, muerta y lívida en el lecho,
muerta y lívida en el lecho con los ojos entornados
y los labios entreabiertos,
y te he visto toda envuelta
con un velo
trasparente y vaporoso
todo negro.
En las manos sostenías á la efigie del Dios-Hombre,

del Dios-Hombre que apoyabas en tu pecho

. . . . . .

. . . . . .

Y te he visto bajo el palio de los fúnebres cipreses,
bajo el palio de los fúnebres cipreses que siniestros,
se levantan
en los tristes cementerios
y murmuran en las noches pavorosas
en que el aire silba tétrico,
las canciones que presagian á los vivos
los instantes más funestos ....

. . . . . .

—

Muerta y todo, ¡aun estabas muy hermosa!
tan hermosa que los muertos
de sus lóbregas mansiones
para verte se salieron,
y uno á uno desfilando ante tu alcázar
te besaron en la frente y en los labios entreabiertos,
inclinaron reverentes la cabeza
y á las tumbas suspirando se volvieron.

—

¡Oh, mi hermosa virgen mística! ¡Oh, mi niña idolatrada!
vivirás eternamente en mi loco pensamiento,
en tu alcázar pondré flores inmarchitas
y la ofrenda que te doy como recuerdo
regaré todos los días con mis lágrimas de sangre,
con mis lágrimas de fuego.....

. . . . . .

Y por último, alma mía,
virgen bella, yo te deseo
que me entierren en tu alcázar cuando muera
y de tálamo nos sirvan tus negrísimos cabellos.

ORIENTAL

ORIENTAL

XI

Yo soy el árabe jamás vencido
ni por guerreros ni por amantes,
todo el desierto yo he recorrido
con mis legiones siempre triunfantes.

—

En rudas lides he destrozado
á las valientes huestes cristianas,
y en los combates me han enviado
hurras y besos las africanas.

—

Yo soy el árabe que en fausta hora
desde el desierto á la España vino
porque triunfante la insignia mora
que tanto adoro, ví en mi camino.

—

En Guadalete la media luna
cubrióse un día de eterna gloria;
porque alumbrada por la fortuna
en fiera lucha cantó victoria.

—

Eramos pocos los africanos,
éramos pocos, pero aguerridos;
con fe luchaban muchos cristianos,
y sin embargo fueron vencidos.

—

Y presenciaron nuestro heroismo,
nuestra fiereza, nuestras hazañas.....
pues invencibles somos, lo mismo
en las llanuras, que en las montañas.

—

Son los cristianos fieros leones,
pero conmigo luchar no pueden,
son destrozados por mis legiones
que ante la muerte no retroceden.

—

Y más veloces aun que los vientos
montan corceles mis africanos,
y en los combates si están sedientos
beben la sangre de los cristianos.

—

Deshice reinos, deshice imperios,
soy de los moros el más temido;
mi nombre asombra los hemisferios,
soy el guerrero jamás vencido.

—

Dejé el desierto buscando flores,
sueños y glorias, y en faustos días
vine á la patria de los amores,
¡á las hermosas Andalucías!

—

Vine á la tierra, en donde ardientes
brillan estrellas esplendorosas,
donde los hombres son más valientes
y las mujeres son más hermosas.

—

Vine á la tierra de los placeres,
vine á la tierra donde la orgía
es el ensueño de sus mujeres,
¡en ellas reina solo alegría!

—

¡Bendita hora! ¡bendita hora!
¡siempre bendita! en que Alá quiso
dar á los moros la encantadora
y fértil tierra del paraíso.

—

Del paraíso, en donde ardientes
brillan estrellas esplendorosas,
donde los hombres son más valientes
y la mujeres son más hermosas.

—

. . . . . .

El árabe orgulloso así cantaba
de su arrogancia en loca fantasía,
y yo sé que un esclavo aseguraba,
que al sultán que legiones destrozaba
y que imperios hacía y deshacía,
los eunucos le vieron cierto día
de rodillas llorar ante una esclava.

TU NACIMIENTO

TU NACIMIENTO

XII

Cuando naciste, el poeta
exclamar así debió:
—Primavera ha dado al mundo
la más delicada flor.—

—

Y yo, bendita del alma,
feliz exclamo:—Nació
la musa de mis cantares
y la niña de mi amor.—

EL PASTORCILLO

EL PASTORCILLO

XIII

El zagal, desde que adora
á la chiquilla del bosque,
abandona los rebaños
y en los huertos roba flores.

—

Los dos en amante idilio
relátanse sus pasiones
y frenéticos se besan
y entre la fronda se esconden.

—

Y mientras los corderillos,
en libertad, triscadores,
destrozando están las viñas
y trigales de los montes.

—

¿Ignóras tú, pastorcillo,
que los buenos amadores
no dejan por las chiquillas
sagradas obligaciones?

—

Zagalillo, no te escondas,
con la chica, por el bosque
y entre las flores silvestres
las que más te agraden coge.

AMOROSA

AROMA

AMOROSA

XIV

Te ruego, amada, de hinojos
que complazcas mis antojos.....
en la pasión que me aloca
creo que me hablan tus ojos
y me sonríe tu boca.

—

¡Quiéreme, mi preferida!
Bello es vivir cuando el alma
de savia de amor nutrida
ve en horas de augusta calma
que es un deleite la vida.

—

Cuando tú seas mi esposa
gozando de mis amores
serás feliz, muy dichosa;
¡más feliz que entre las flores
es la nivea mariposa!

—

Más feliz que es la gacela
cuando salta entre el ramaje;
aun más que el potro salvaje
que más bien que corre, vuela
entre el frondoso follaje.

—

Más feliz que el jilguerillo
cuando su amada enamora
con su cántico sencillo;
más feliz que entre el tomillo
es la alondra trinadora.

—

Más feliz que el labrador
cuando vé el trigo en la era
que regó con su sudor;
¡más que cuando en primavera
vé los frutales en flor!

—

Más feliz que el leñador
que ajeno siempre al dolor
habita la alta montaña;
más feliz que en la cabaña
es el rústico pastor,

—

cuando vé brillar la aurora
risueña cual su pastora;
cuando vé que el Sol ardiente
derrama en rico torrente
bella luz fecundadora;

—

cuando vé los corderillos
retozar entre tomillos;
cuando vé á sus pequeñuelos
jugar en los arroyuelos
y perseguir pajarillos;

—

cuando la vega florida
de gozo vé extremecida
y naturaleza toda
concurre á la eterna boda
del Amor y de la Vida.

—

Dí que me quieres y deja
te exponga mi amante queja
en mis frases amorosas,
¡son mis palabras sabrosas
como la miel de la abeja!

—

Sé que para tus amores
en otros adoradores
tienes tú los ojos fijos;
sé que te rondan los hijos
de acaudalados señores.

—

Sé que en Carnaval van ellos
diciéndote muchas cosas
con palabras muy hermosas
cuando llenan tus cabellos
de confetti y mariposas.

—

¡Despáchalos! No permitas
que te declaren tus cuitas,
que aunque de tí enamorados,
¡los hijos de acaudalados
se casan con señoritas!

—

Si quieres seguir honrada,
¡déjalos, prenda adorada,
déjalos en buena hora!
¡Ay, de la pobre agraciada
que de un rico se enamora!

—

Dí que la virtud prefieres
á los lujos y á la orgía,
y que tan solo á mi quieres
porque desde niña eres
la reina del alma mía.

—

¡Qué más quieres conseguir!
Tengo alma para sentir,
manos para trabajar,
labios para sonreír
y corazón para amar.

—

Yo aunque oigo á muchos decir
que siempre te han de rondar
y te quieren demostrar
que por tí saben reñir
y si es preciso matar,

—

no por eso me he arredrado.
El que á tí te ha idolatrado
con creciente frenesí,
el que tan solo ha llorado
cuando ha llorado por tí.

—

si pisan esos matones
de tu vivienda el umbral,
no pedirá explicaciones,
¡tiene un hermoso puñal
para partir corazones!

—

Y antes de ser apresado
el arma desesperado
volveré contra mi pecho,
¡el presidio no se ha hecho
para el hombre que es honrado!

—

Conmigo te has de casar,
tengo alma para sentir,
manos para trabajar,
labios para sonreir
y corazón para amar.

PRIMAVERA

PRIMAVERA

PRIMAVERA

XV

Ya del invierno enervador y frío
la niebla desparece
y en los pueblos de humilde caserío
que consagran su vida á la labranza,
cuando ven que el trigal espiga y crece
y el monte reverdece,
en ellos se acrecienta la esperanza
de poder cosechar en el verano
sabrosa fruta y abundante grano.

Como virgen bellísima y vehemente
envuelta en manto de olorosas flores,
sonríe dulcemente
la espléndida estación de los amores.

Ya los rayos del Sol la tierra inundan
y sus besos ardientes la fecundan
y ya en sudor bañado
el rudo labrador de alma sencilla,
rasga la tierra con el corvo arado
y en los surcos arroja la semilla.

Ya sestea el errante pastorcillo

al pie del árbol sobre muelle grama
y el canoro y pintado pajarillo
su nido teje en la tupida rama
y la hermosa y feraz Naturaleza,
que á los placeres del amor convida,
en todo el esplendor de su belleza
—¡amad, nos dice, amad, bella es la vida!
Reina un ambiente de salud y calma
y con sueños de amor se embriaga el alma,
cantan las aves en alegre coro
y con ritmo sonoro
se desliza el regato mansamente
y el Sol enamorado y sonriente
la tierra cubre con sus rayos de oro.
En las praderas hondas
do retozan los blancos corderillos,
en la nava fecunda y en las frondas
y en los montes que aroman los tomillos,
Naturaleza hermosa
se muestra exuberante y vigorosa.
Sobre los secos riscos,
en las frondas de plácidos olores,
en los prados de espléndidos verdores
y á la sombra de almendros y lentiscos,
las zagalas, labriegos y pastores,
suspirando de amor, ¡hablan de amores!
Hermosa primavera,
eres fuente de amor, salud y vida
y como santa bendición te espera
la tierra que á tu beso es redimida.

LA BALADA DEL SOL

LA BALADA DEL SOL

XVI

¡Ah, mira!
despierta la nítida aurora
y el cielo colora
con el leve fulgor
y el ave parece suspira,
suspira de amores
y vuela entre arbustos y flores
cantando amorosa canción.
¡Ah, mira!
¡Qué hermoso paisaje!
Del bosque parece se incendia el ramaje;
salud se respira
en este recinto fecundo y salvaje
y es que ahora
la plácida aurora
da vida á la tierra increada,
incita al amor
y entona la grata balada,
la grata balada del Sol.
Los cielos y mares augustos,
el ave, el insecto, la flor,

las brisas, las aguas y arbustos,
repiten la eterna canción.

—

¡Ah, mira! Allá lejos
al pie de esa altiva montaña,
do doran del Sol los reflejos
del rudo pastor la cabaña,
serpea un arroyo que á veces los campos inunda
haciendo su tierra más rica y fecunda;
también hay un prado florido
que riega riente el Jalón
y el agua murmura:—Este prado es un nido
de dicha y de amor.—
Gentil seductora,
estás, niña ahora;
tu bello
cabello
larguísimo y rubio
es rico tesoro,
¡semeja un diluvio
de oro!
Quisiera
Oh, amada
que un día feliz, me sirviera
de espléndida almohada
Me encanta
tu nívea garganta,
tu hermosa
boquita de rosa.
Qué hermoso, qué grato es vivir cuando en calma
se goza ferviente pasión;
qué bello, que dulce es vivir cuando el alma
escucha de un ángel palabras de amor.
¡Ah, mira! Ahora,
¿no ves como avanza

del día la fiel precursora
allá en lontonanza?
Parece que todo revive
al verla risueña brillar,
parece que el mundo recibe
un beso de amor celestial
Reciente murmura la aurora
un himno sagrado de paz
y grita: ¡Ha llegado la hora,
la hora suprema de amar!

—

Dejemos, mi niña, este llano
y ven de mi mano
al bosque cercano
do un palio nos brinda el frondoso y perenne laurel;
do el aura apacible la flor balancea,
do el árbol se agita y sus ramas mimbrea;
do el ave cantando de amor aletea,
do gime el arroyo y serpea
de altivo y ruinoso castillo feudal á los pies.
No hay nadie que loca pasión en tus ojos no lea
ven, niña, á ese prado del bosque gozosa y feliz,
do el mundo falaz y embustero no vea
ni manche el cariño que siento por tí.
Ven, niña, á ese prado llenito de flores,
allí no veremos ni cardos ni abrojos,
allí son eternas las dichas de amores
y faltan las gotas de llanto en los ojos.
¡Ah, mira, mi hermosa!
el Sol aparece triunfante
allá, en el Oriente;
su luz amorosa,
inmensa y radiante
ya besa tu frente
y ostenta soberbio sus galas

la tierra inundando de oro
y tienden las aves sus alas
y cantan sus himnos á coro.
Relincha en la verde pradera
el ágil caballo salvaje
y salta la corza ligera
del bosque entre espeso follaje.
Los cielos y mares augustos,
el ave, el insecto, la flor,
las brisas, las aguas y arbustos,
murmuran la eterna canción.

—

Con ansia frenética y loca
quisiera besarte en la boca;
Natura á gozar nos convida
en este recinto feraz.
¡Gocemos, gocemos la vida!
¡Vivir es gozar!
Yo quiero habitar en las frondas
que el hombre no pisa jamás
y quiero bañarme en las ondas
tranquilas y azules del mar.
En copa de oro tallada
el jugo de vides beber;
calmar en tus labios, amada,
de amor la frenética sed.
Libemos las mieles sabrosas
que viene el amor á brindar,
y lirios, claveles y rosas,
nos sirvan de lecho nupcial.

. . . . . .

. . . . . .

La tierra magnánimo dora
el Sol que sonríe triunfal

y dice: —¡Ha llegado la hora,
la hora suprema de amar.

. . . . . .

. . . . . .

Creí que la tierra gemía,
gemía alocada
al verme besar á mi amada,
que el cielo de gozo reía,
reía y quería
gigantes montañas besar,
que allá, entre los bosques, oía
rumores de un canto inmortal.

LOS SEGADORES

LOS-SEGADORES

LOS SEGADORES

XVII

La cuadrilla bullanguera
de harapientos
segadores, va cantando,
va cantando y va riendo
por la orilla del camino,
del camino polvoriento
que sombrean las acacias
y los olmos gigantescos.
Una plácida mañana de verano
á los pálidos reflejos
de la aurora que reía
tras los montes y los cerros,
se marcharon
de su pueblo,
¡se marcharon del hogar de sus amores
como el ave que al azar tiende su vuelo!
Van errantes
las aldeas y ciudades recorriendo,
semejando las guerrillas
de un ejército
de un ejército glorioso,

pues son ellos
los soldados invencibles
redentores de los pueblos.
Son sus armas
los aceros
que conducen
en escuálidos jumentos.
Van en busca de trabajo,
van en busca de alimento
para darles á sus hijos
en los días miserables del invierno.
Y por eso
la cuadrilla bullanguera
de harapientos
segadores, va cantando,
va cantando y va riendo
por la orilla del camino,
del camino polvoriento
que sombrean las acacias
y los olmos gigantescos.

—

Un mocico
caminando va en silencio,
de sus ojos brotan lágrimas que ruedan
por su rostro macilento.
Es que al pobre
le atormentan los recuerdos
de su amada,
una rubia de ojos negros,
¡la muchacha más hermosa
de entre todas las hermosas de su pueblo!
El recuerda que llorando
ha dejado á la zagala junto al huerto,
el nidal de hermosas flores
donde dióle el primer beso.

Al partir así le dijo suspirando:
—Yo muchísimo te quiero
y es preciso que la boda
concertemos,
cuando vuelva.....
¡si es que vuelvo.....! —
Y marchóse
por enmedio
del camino, del camino
polvoriento,
se volvía á cada paso
y agitaba su pañuelo
y ella, loca,
desde un cerro
á su amante vió perderse,
vió perderse allá, muy lejos.
¡Pobre mozo!
¡desgraciado! en su cerebro
bullen, luchan,
mil infaustos pensamientos.
Cuando ve rozan su frente
moscardones grandes, negros,
le parecen los presagios
más funestos
y los ruidos que producen
con sus ténues aleteos
le parecen las canciones
funerarias de su entierro.
Piensa el mozo que su hermosa zagalica
en la aldea está llorando sin consuelo
y que sube, con las manos enlazadas
y en desórden los cabellos,
de las sierras á las cúspides, y grita:
—¡Ven, mañico, que ya tardas..... y me muero!—
Y él la oye ¡pobrecillo!

y llorando va diciendo:
—¡Zagalica, cuando vuelva.....
si es que vuelvo.....!—

—

Derramaba el Sol ardiente
llamaradas desde el cielo
y la tierra, caldeada,
parecía estaba ardiendo.
En vastísimos trigales
rubios, secos,
tan hermosos que parecen cabelleras de angelillos
ó unas sábanas de fuego,
los sencillos segadores
sudorosos y sedientos,
á los golpes de las hoces brilladoras
las espigas por manojos van tendiendo.
Y el mocico de la rubia,
de la rubia encantadora de ojos negros,
abatido,
muy enfermo,
dejó el campo de la siega,
y en el delirio postrero
parecióle que veía á su zagala
exclamando enloquecida desde el cerro:
—¡Ven, mañico, que ya tardas.....
que ya tardas..... y me muero.....!
Y él la oía
y lloraba repitiendo:
¡Zagalica, cuando vuelva.....
si es que vuelvo.....!

—

Cuando el sol ya se ponía
tras los montes gigantescos,
de las luces moribundas
á los cárdenos reflejos,

la cuadrilla bullanguera
de harapientos
segadores, fuése en busca
de su ausente compañero.
¡Y lo hallaron
moribundo retorciéndose en el suelo!
y aun decía el pobrecillo
en sus últimos momentos:
—¡Zagalica, cuando vuelva.....
si es que vuelvo.....!

—

¡Lo enterraron.....!
¡Sus amigos no lo vieron!
Y no tuvo
más ofrenda el pobre obrero
que unas lágrimas, muy pocas, de su amada
una rubia de ojos negros,
la muchacha más hermosa
de entre todas las hermosas de su pueblo.

¡SOLO SU MADRE!

¡SOLO SU MADRE!

XVIII

¡Qué terrible momento!
¡Ay, yo la ví... la ví cuando moría!
¡En mi afligido corazón aun siento
el doliente estertor de su agonía!

—

Yo que la quise tanto
una imagen de Dios puse en su pecho
y de la Virgen del Pilar el manto
tendí sobre su lecho.

—

Recé en mi desvarío
y un milagro al señor con fe pedía,
¡pero la muerte impía
llevóse el ángel mío!

—

La ví en el ataud toda cubierta
de blancas rosas y claveles rojos
y me abracé á la muerta
y con mis besos le cerré los ojos.

—

Del mortuorio aposento
á su madre y á mí nos retiraron
y después con fingido sentimiento
sus parientes y amigas la besaron.

—

Envuelta en humildísima mortaja
la encerraron en féretro sencillo,
¡aún me parece oir sobre la caja
los golpes del martillo!

—

Yo vierto amargo llanto
y un paliativo á mi aflicción imploro
y voy al Campo Santo
y ante su alcázar oro.

—

Y en su postrer morada,
en el recinto que convida al duelo,
solo he visto á su madre desolada,
temblando de dolor, ¡mirando al cielo!

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

LAS FLORES

LAS FLORES

XIX

Cuando enloquecido
de mi prometida pensaba en el rostro
¡cuánto me agradaban
los claveles rojos!

—

Y cuando en estío mi adorada virgen
vestía de blanco como una paloma,
sonreía viendo
los nevados lirios y las blancas rosas.

—

Mas hoy que no existe ¡pobre amada mía!
contemplo llorando con amarga pena,
esas florecillas que entre abrojos mueren
y los heladores ventiscos se llevan.

DOLOR DE MADRE

DOLOR DE MADRE

XX

¡Pobre hijico mío!
tan bueno como eras,
¡quién iba á decirme que había de verte,
llorando entre rejas!

—

Si tu anciano padre
de la tumba alzase su blanca cabeza,
¡cuánto sufriría
al verte en presidio cumpliendo condena!

—

Ojalá, hijo mío,
que antes que encerrado mis ojos te vieran,
¡juntico á tu padre
yo estuviese muerta!

MI MUERTA

MI MUERTA

XXI

Cuando el invierno frío
el cielo cubre de tristonas nieblas
y desnuda las ramas de los árboles
y las flores marchita en la pradera,
¡me acuerdo de mi santa prometida,
de la hermosa que adoro estando muerta!
Aun me parece que la estoy mirando,
¡que el alma mía con amor la besa!
Y me parece que le estoy diciendo
jugando con su rubia cabellera:
—Siendo negros tus ojos
más poesía encierran
que la sonrisa de la blanca aurora;
tu boquita entreabierta
me parece un hermoso clavel doble
besado por un Sol de primavera.—
¡Noviembre con sus vientos heladores
qué días tan infaustos me recuerda!
¡Qué día tan terrible fué aquel día
que la ví, coronada de azucenas
y las manos con cintas enlazadas,
en humilde ataud, rígida, muerta!
¡Y qué dolor tan grande,

qué angustia tan inmensa,
sentí en el corazón cuando su frente
besé por vez postrera!
Yo quería olvidarla
y amar la vida, que la vida es bella,
y en la estación bendita que los campos
con fecundez magnánima se muestran,
soñando amores nuevos,
gozoso, recorrí los de la sierra
sombríos robledales,
las de los montes onduladas cuestas,
las de los ríos saludables frondas,
las de los valles productivas huertas.
En las besanas fértiles
yo ví la alondra que cantando vuela
y ví al brillar la aurora
flores cuajadas de brillantes perlas
y ví los pajarillos
temblar de amor sobre las ramas secas
y la paloma montaraz, silvestre,
en los peñascos arrullar la hembra
y los corderos en los prados húmedos
balando retozar con las ovejas.
Contemplando Natura exuberante
sentado estuve en descarnada peña
y ví á los labradores con las yuntas
abrir los surcos en fecunda tierra
y escuché los cantares amorosos
que entonaban las rústicas labriegas.
Y ví que los floridos tomillares
que en las ingentes cúspides vejetan
exhalaban riquísimos aromas
que como incienso, á Dios, Natura eleva.
Aquí todo es amor, yo me decía,
aquí podré exclamar:— ¡la vida es bella!—

y—¡mentira!—me dijo una campana
que á muerto oía doblaba en una aldea.
Pensé en mi prometida,
en mi adorada muerta,
y huí vertiendo llanto
por la quebrada sierra
y al ver una alquería pobre y rústica
escondida entre parras opulentas,
—allí descansaré, yo me decía,
y un paliativo encontraré á mi pena
oyendo relatar á los labriegos
románticas leyendas.—
Y ví que en los umbrales
de la humilde vivienda,
fornido mozo de mirada dulce
ocultaba en sus manos la cabeza.
¿Qué te pasa?, le dije, pobrecillo,
y llorando exclamó:—¡Rezo por *ella!*—
Temblé cobardemente
y fuí á esconderme en la bravía selva
¡y ví á los leñadores con las hachas
derribar una encina corpulenta!
Corrí hacia el Camposanto
do mi amada hace tiempo que me espera
y ví que las fragantes florecillas
que en su tumba yo puse como ofrenda,
¡las arrastraba el viento
deshojadas y secas!
Y enloquecido, entonces,
así grité sobre la humilde huesa:
—Las flores que te traigo
el viento las marchita y se las lleva,
¡pero el amor que siente el alma mía
eterno vive con mi amarga pena!

LA SEQUIA

LA SEQUIA

LA SEQUÍA

XXII

¡Qué suerte tan triste!
¡Dios mío, Dios mío,
no cae ni una gota de agua
y están casi secos las viñas y trigos!
Sin flores los árboles,
los pastos perdidos
y ya amarillean
frutales y olivos.
¡Qué tristes están las mejanas!
No cantan en ellas los grillos
ni tejen, tampoco, los pájaros
en ramas de flores sus nidos.
No aroman las frescas albahacas
los mustios plantíos,
los prados pardean
sin aves, arroyos ni lirios.
¡Qué triste es vivir á merced de las nubes!
¡Dios mío, Dios mío,
no cae ni una gota de agua
y están casi secos las viñas y trigos!

—

Recorro las tierras
montado en el mulo tordillo
y veo las fuentes sin agua,
menguados los ríos,
con muy pocas yerbas los prados
y el monte sin matas ni olientes tomillos.

Perdices, conejos y liebres
hambrientos del monte han huido,
no veo volar mariposas
y lleno de polvo contemplo el camino.

¡Qué triste es vivir á merced de las nubes!
¡Dios mío, Dios mío,
no cae ni una gota de agua
y están casi secos las viñas y trigos!

—

Transcurren los días
y nada ha llovido.....
¡Ah, yo desespero
y lloro y mi suerte maldigo
al ver las mejanas sin yerbas
y al ver los frutales perdidos!
¡Parece que al Cielo clemencia implorando
están los almendros, perales y guindos!

Qué tristes mis buenos pastores
recorren praderas y riscos,
no cantan ni tocan la gaita
al pie de los robles, encinas y pinos.

No canta, tampoco, mi esposa
ni juegan como antes mis chicos,
¡pues ven que del campo
regreso afligido!
¡Qué triste es vivir á merced de las nubes!
¡Dios mío, Dios mío,

no cae ni una gota de agua
y están casi secos las viñas y trigos!

—

En vano por calles y plazas
pasean el Cristo,
en vano en la ermita á la Virgen
que llueva con santo fervor le pedimos.
¡Tal vez en el próximo invierno,
hambriento y temblando de frío,
veré sollozar á mi esposa
besando en la frente á mis dos angelicos!
Tal vez yo me muera de angustia.....
¡ó vaya á presidio!
¡De padre ni hombre
llamarse no es digno
quien deja de hambre
morir á su esposa y sus hijos!
¡Qué triste es vivir á merced de las nubes!
¡Dios mío, Dios mío,
no cae ni una gota de agua
y están casi secos las viñas y trigos!

—

¡Estoy casi loco!
¡no se si deliro!
¡no se lo que pienso!
¡no se lo que digo!

. . . . . .

¡Qué amarga es la vida
de los campesinos!
¡Qué amargo es vivir en eterna zozobra
y eterno martirio!
Al Cielo
yo miro
y lloro,

me apeno, me aflijo.....
al ver como vierte sus rayos de fuego
el Sol que ha dejado mis campos marchitos.
¡Qué días de angustia me esperan!
En tanto que vea llorar á mi esposa y mis hijos
quizá al no pagar los tributos
¡me embargue los campos y mulos el fisco!
¡Qué triste es vivir á merced de las nubes!
¡Dios mío, Dios mío,
no cae ni una gota de agua
y están casi secos las viñas y trigos!

La lluvia

LA LLUVIA

XXIII

Mostrando del pecho desnudo
las carnes ubérrimas,
el mozo más bravo y valiente
que habita la sierra,
—ya vuelvo, decía á su novia,
de labrar la huebra,
por hoy ya ha cesado, mañica,
la ruda faena.—
Y dándole un ramo de rosas
lozanas y bellas,
¡qué bien se conoce, exclamaba,
que estamos en la primavera!
Ya las mariposas
por los campos vuelan,
ya las florecicas
perfuman la vega,
ya sale del cauce el regato
é inunda la fertil floresta,
¡parece un torrente de líquida plata
que cae de la sierra!
Ya las avecicas
de amor aletean

y con sus piquicos
amantes se besan.
¡Y qué dulcemente sus amores cantan
cuando el nido tejen con ramicas secas!
Ya el Sol fecundiza
la Naturaleza,
cuajados de flores están los frutales
de mi hermosa huerta.
Hoy, mañica, he visto
las rosas primeras
y dos lindos ramos,
gozoso, he formado con ellas.
El uno, amor mío,
es el que tus labios amorosos besan
y el otro, con el alma mía
de amargura llena,
se lo dí á la Virgen que la ermita tiene
entre los pinares de la abrupta sierra.
Y á la Virgen santa
que el lugar venera
le dije;—Del Cielo depende
que feliz yo sea—
El seguía hablando
y roja escuchábale ella.
—Con cuánto entusiasmo, decíale el mozo,
trabajo la tierra,
¡desde que me quieres
cavo con más fuerza!
Si llueve, en el monte
muy grande será la cosecha,
y nos casaremos
después de la siega,
un poquico antes
de la sementera,
pero si no llueve

y el trigo no espiga y se seca,
en vez de la boda
martirio mortal nos espera.—
El mozo enjugóse unas lágrimas
con honda tristeza
y en tanto la moza
dirigiendo al Cielo sus pupilas negras
exclamó llorando:
—¡Dios mío, haz que llueva!
¡Pobres de nosotros
si el trigo no grana y se seca!—
El quedóse mudo
y díjole ella:
—Mañico, este ramo
que mi boca besa,
llevaré á la ermita para que la Virgen
nuestro ruego atienda.—

. . . . . .

. . . . . .

De la moza espléndido
el tributo era,
¡estaban las rosas,
de besos y lágrimas, llenas!

. . . . . .

. . . . . .

La moza llevóle á la Virgen
las flores tempranas y bellas
y al siguiente día
el mozo no fué á su faena,
porque el agua caía á torrentes,
como lluvia de oro, en la tierra.

PÓSTUMA

PÓSTUMA

XXIV

¡Aragón inmortal! ¡patria querida!
yo te ofrezco mis brazos, alma y vida;
no te pido laurel para mi frente
ni consuelo en mis horas de amargura,
te pido solamente
que me des en tu tierra sepultura
por más que muera en extranjero suelo,
sin ver tu sol, sin contemplar tu cielo.

Entiérrame muy cerca de mi hermosa
y bendita mujer de rizos de oro
y así, loco de amor, desde mi fosa,
incorporado, le diré:—¡Aun te adoro!—

Y pon conmigo en apretado abrazo
la mujer que me tuvo en su regazo,
la madre que me amó con ansia loca,
que quizá de mi amor en el exceso,
en su frente poniéndole mi boca,
entre suspiros le diré:—¡Aun te beso!

No me dés rico manto por mortaja.
Yo el lujo aborrecí. Solo mi caja
perfuma con tomillos de la sierra
y al momento sin lágrimas ni honores
¡sepúltame, sepúltame en la tierra
para mis restos devolverte en flores!

FIN

ÍNDICE

Págs.

Canción. 9
En el campo. 15
Esperanza. 23
La flor de la serranía. 27
Tú y yo. 33
El cristo de la Oración 37
Madrigal 43
Rosario. 47
En un abanico 53
El ángel de alas negras. 57
Oriental. 63
Tu nacimiento 69
El pastorcillo. 73
Amorosa 77
Primavera. 83
La balada del Sol 87
Los segadores. 95
Solo su madre. 103
Las flores. 107
Dolor de madre. 111
Mi muerta. 115
La sequía 121
La lluvia 127
Póstuma. 133

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

NOTA

En la poesía VII, verso III, dice:

por los umbrosos bosques perfumados

Léase:

por los umbrios bosques olorosos

Y en la poesía XV, estrofa VI, verso III, dice:

en la nava fecunda y en las frondas

Léase:

en las navas fecundas, en las frondas.

Esta obra se vende al precio de 2 pesetas en las principales librerías.

Los pedidos pueden hacerse á D. Cecilio Gasca, Coso, 33, Librería, Zaragoza.